

## FILTROS

■ J. R. M. Ávila\*

Se acercaba con su gracia de niña, caminando alrededor de mí mientras yo preparaba menjurjes, preguntando por cada cosa que observaba, sin importar el tiempo que me llevara en explicarle. La miraba, tentado por su inocencia, y me olvidaba de encargos y plazos de entrega. Prefería inventarle historias para disfrazar los males que acarrearaban mis brebajes, ideando curaciones para enfermedades que ni a Dios se le habían ocurrido.

Abría los ojos asombrados, creyendo al pie de la letra mis remedios falsos. No me daba dolor perder el tiempo con ella y jamás se me ocurrió amedrentarla. Sólo una vez tuvimos un disgusto porque llegó con dos amigas pidiendo les mostrara lo que trabajaba en aquel momento. Le dije que no tenía tiempo para hablar con nadie y ella, muy apenada, salió llevándose a las amigas. Me partía el corazón ver cómo volteaba resentida porque la había hecho quedar mal. Fue mejor así. Una cosa era que viniera por su gusto y preguntara cuanto se le ocurría; otra, muy diferente, que yo tuviera que soportar a escuinclas desconocidas.

Cuando llegó de nuevo se lo aclaré: "Si quieres visitarme y escuchar mis historias, ven sola; si no, ni vengas". Entendí y nunca más trajo a nadie. Claro que intentaban acompañarla, pero ella se negaba. A tanto llegaron sus negativas, que una tarde lloró: "Dicen que soy tu novia". El corazón me revoloteó de gusto. La avergonzaban diciéndole ese tipo de tarugadas y ahí estaba yo, diciéndole que no hiciera caso, que así eran de malcriadas las otras niñas. Y me puse a componerle un cuento para que se olvidara y estuviera contenta. Ya no recuerdo la historia que le conté. Le inventé tantas que nunca las puedo recordar. Tal vez sea que me daña hacerlo y por eso mejor ni intento recordar.

Jamás conocí niña más llena de curiosidad. La primera vez se asomó a la puerta como temiendo que la regañara. Me cayeron en gracia su pelo de elote despeinado y sus ojos queriendo abarcar todos los menjurjes que aquí había. Tan entretenida estaba que no se cuidó de mí. La curiosidad la empujó a preguntar tuteándome desde el principio: "Oye, ¿y estos frascos con tantos colores para qué sirven? ¿Son dulces? ¿Los vendes o qué?". Y ahí empezaron las historias. Pero ni de la primera me quiero acordar. Total, ¿en qué cambian las cosas?

Siempre me he preguntado de dónde me nació lo embustero, pero me quedo en blanco. Nunca lo supe y nunca lo sabré, porque aquella mata de historias que parecía no tener término, se secó y no va a retoñar, aunque Dios se desdiga. Que, viéndolo bien, Dios ni vela tiene en esto. Ni modo de desdecirme yo, si ya nada tiene remedio. Dudo que al mismísimo Dios le haya salido el mundo como lo pensó. Si se retiró al terminar de construirlo, no ha de haber sido por cansancio. Más bien le fastidió que las cosas no le salieran como las tenía calculadas.

Sin ánimo de compararme con Él, así me pasó



Dueto armónico

\*Autor de los libros "Ave Fénix", "La guerra perdida" y "Relámpagos que fueron". Ha publicado en las revistas "Entorno", "Política del Noreste", "A lápiz", de la UPN, Unidad 19 B de Guadalupe, N. L. "Entorno Universitario", "Polifonías", Reforma Siglo XXI, de las preparatorias 16, 3 y 19, respectivamente, y "Conciencia Libre". E-mail: jrmavila@yahoo.com.mx.

a mí. Yo ayudaba a la gente a librarse de sus calamidades, tanto si les caían del Cielo como si se las mandaban desde el Infierno. Lo que de mí recibían, no se paga sino con agradecimiento. Digamos que le ayudaba a Dios para que enderezara su obra. ¿Qué tenía de malo? Tal vez el Diablo me tentó. Igual que él, me quise comparar con Dios. Igual que él, pagué mi atrevimiento. Aunque viéndolo bien, me fue peor, porque en cierto modo el Diablo tiene sus dominios y en ellos reina como si fuera un Dios al revés. Pero a mí, ni sombra de Dios ni sombra de Diablo ni sombra de hombre me quedó.

Desde el primer momento supe lo bonito que iba a despuntar. Podía haberla conseguido con uno de mis filtros, pero preferí esperar a que me quisiera sin trampas y sin trucos. Que de ella saliera entregarse. Cada tarde, por más de tres años, le inventé historias acerca de mis remedios. Nunca dije cuánto la quería para no espantarla. No estaba tan ciego como para no darme cuenta de que yo podía ser su padre, pero siempre me quedó la esperanza de agenciármela por las buenas. La quería para mí, para siempre, no nomás para un rato. De no haber sido así, en menos de que lo digo, la hubiera conseguido.

Después de esos tres años, ya no era la niña curiosa que llegó la primera vez. Sus pechos firmes lo apuntaban a uno como diciendo: "Hártate de ver, pero no se te ocurra tocar". Me miraba con malicia cuando me sorprendía viéndoselos embobado. Ya era una mujer a la que no le faltaba ni le sobraba nada. Las historias se me enmarañaban, se me enredaban en sus pechos y terminaban en fracaso. Ella se burlaba de mis olvidos, de mis titubeos y me ayudaba a continuar, pero volvía a lo mismo, como primerizo.

Una tarde la noté triste, sin atender a lo que le contaba, sin erguirse para mostrar sus pechos que me cortaban el resuello, sin mirarme con malicia. Se quedaba como ida de la mente, viendo hacia la calle sin nada que ver. Le pregunté si le sucedía algo y ella negó con la cabeza, pero siguió igual esa tarde y las tardes siguientes, hasta que ella misma confesó.

"Estoy enamorada", dijo, y el corazón se me acogotó. ¡Por fin! ¡No podía creer tanta belleza! "¿Y eso qué tiene de malo?", dije. "Que nunca me va a querer", dijo compungida. "¿Y tú cómo sabes?". "Lo vi besándose con otra". Ante el revés que acababa de acomodarme, no supe qué hacer. Esperaba que se declarara enamorada de mí. Y en el instante en que



El moro y el cristiano

me desengañó, me quedé viendo la calle, con ganas de no haber conocido a aquella niña, con el deseo de no haber nacido.

"Necesito un remedio para que me quiera", dijo. Me quedé callado. No quería que notara la rabia que me hervía por dentro. Pero después de unos instantes, no me quedó otra que contestarle. Casi se me rodaban las lágrimas mientras intentaba armar lo que le diría. ¡A mi edad! ¿Se habrá visto tamaña idiotez?

"El remedio que me pides", le dije como si hablara con la calle, "es difícil de preparar y más de pagar". "No importa. Tú prepáralo y yo sabré cómo pagarte". "No se trata de dinero". "Lo que pidas, te lo doy", dijo resuelta, irguiéndose. "No te comprometas a tanto". "Tú nomás hazlo y pídemelo lo que quieras".

Me sorprendió su decisión, pero no quise abusar. Me puse a preparar dos brebajes y vacié cada uno en un frasco diferente. Tenía que ser mía, ahora sí, aunque fuera por las malas y para siempre. No se me apartaba eso de la cabeza. "Nomás que tú también tienes que tomar una dosis", le dije al terminar. "Pero si yo no necesito nada para quererlo".

Nunca había titubeado tanto al mentir: "Esto es serio. Tu dosis es para que no dejes de quererlo. ¿Qué tal si de repente a él le nace el amor y a ti ya se te pasó? No te quiero arrepentida después. Mira, fíjate bien: el frasco oscuro es para ti y el transparente

para él. No te vayas a equivocar”.

Salió con los frascos ocultos en su pecho y tomó camino contrario a su casa. No quise ni asomarme a ver cómo se retiraba. En cierto modo presentía que en lugar de acercarme me alejaba de ella.

Pasaron tres días.

Yo miraba calle arriba esperando su regreso. Vi a lo lejos primero su rostro, luego sus hombros, sus pechos, su cintura menudita, su falda untada al cuerpo, sus piernas firmes, sus pies calzando pequeños zapatos. Disfruté su figura contoneándose apacible, confiada en su hermosura. Llegó con una sonrisa que no le conocía. La invité a entrar y lo hizo. Se acomodó en el sillón grande, como esperando algo. Me arrodillé frente a ella y la tomé de las manos. Se las dejó besar sin retirarlas.

“Se murió”, dijo con la misma sonrisa, como si hablara de la lluvia que demoraba en llegar. “¿Qué?”, pregunté incrédulo. “Se murió antes de que le diera la

dosis”, dijo sin borrar su sonrisa, y algo se removió en mi estómago. “Necesito los filtros”, dije. “No los tengo: el mío se me cayó y se rompió cuando lo encontré muerto”. “¿Y el de él?”, empecé a alarmarme, “¿Qué le hiciste al de él?” “Me lo tomé para no dejar de quererlo”. “¿Estás loca?” No debí preguntarlo. Soltó una risita sin freno. Se puso de pie, salió de aquí y no me atreví a ir tras ella.

La encontraron tirada cerca del río. Los de la funeraria no pudieron desaparecer la mueca de su sonrisa. Eso dicen. Yo no tuve valor para ir al velorio, verla riendo de nada y soportar el olor de la cera que tanto aborrezco. Estaba convencido de que iba a abrir sus ojos en cuanto me acercara.

Mucho tiempo después, arrinconado aquí, perdido de borracho, entendí por qué Dios se hizo a un lado cuando vio que su obra ya no tuvo remedio. Nada más le faltó enamorarse de una mujer para sentir la desolación que ahora siento yo.



El encuentro